

“Si esto que tengo no funciona, volveré a por ti”, me dijiste refugiado en las sombras de un portal cualquiera, conmigo sentada en tus rodillas, esas tan frágiles que no soportan ni una verdad. Tu sombra ya quería poner tierra de por medio mientras tu boca se empeñaba en alargar la despedida con profecías en susurros. Delfos temblaba, Casandra se pintaba las uñas indiferente. Me quedé sentada en la acera, viendo como te alejabas doblando una esquina sin camino de retorno. Se te olvidó que las cajas de Pandora deben cerrarse para no provocar a los Dioses, a lo lejos la Atlántida sucumbía a la ira del océano.

Me quedé sentada a esperarte, por si Penélope se cansaba de perdonar tus altos en el camino y se decidía a terminar el sudario de su propia vida. Vi caballos de madera destruyendo imperios, hilos cortados al salir de laberintos para no arrastrar más lastre, bibliotecas arrasadas para tapar la ignorancia del que prendía la mecha. Vi replegarse a los monstruos porque ya no quedaban héroes a los que enfrentarse. Vi dioses queriendo ser mortales, hastiados de tener que velar eternamente por las puertas del infierno y de ser mensajeros de los secretos de otros.

Vi diosas desterradas en islas, agotando su poder convirtiendo manadas de hombres en rebaños de animales. Vi mujeres abandonas en playas viendo alejarse las promesas aún húmedas de otros valles más libres. Vi cobardes huyendo siempre hacía adelante, estatuas a las que se les cortaba la cabeza, templos expoliados.

Rodaron cinco manzanas de oro de un jardín en las alturas, cuando subí a reponer las manzanas en su árbol de raíces de acero, vi a un hombre sujetando un cielo nublado y el jardín ya estaba secándose. Rodaron cinco manzanas secas, a su paso dejaron entrañas de una historia inacabada escrita en pergaminos de piel de oso no cazado.

Seguí sentada en la acera, pensé en tejer con telas de araña tapices con las vidas de todas las mujeres que esperaban a lo largo de los siglos héroes que no regresaban. Mujeres cuyos nombres se recordaban pero que no pudieron contar su historia, sino que fueron contadas por los que relataron las gestas de los hombres que las situaron en la línea de un tiempo indefinido.

Porque fueron demasiado bellas, o demasiado perversas, o demasiado valientes, o demasiado poderosas, o demasiado vengativas., o tentadoras. Simplemente porque fueron.

Cuando Medusa se miró en el espejo, Pompeya se sepultó de cenizas y piedras que arrojaban ecos de todo lo que no dio tiempo levantar y de todo lo que no se pudo disfrutar. Cuando Medea durmió a la serpiente, se resquebrajaron las baldosas de todos los puentes que llevaban a otros cruces de caminos.

“Si esto que tengo no funciona, volveré a por ti”. Sigo esperando con las manos ya menos firmes y con los ojos ya cansados de reflejos y deslumbramientos de astros que se apagan a capricho y me dejan a oscuras cuando lo que necesito son antorchas que pongan cordura en mi travesía en paraísos en ruinas.

Me quedo sin hilo para que no te pierdas en el laberinto, quizás Penélope me pueda prestar la madeja que destejió anoche. He mandado una misiva a Dido para venga a esperar conmigo y no desfallezca. ¿Cómo sabrás si eso que tienes no funciona? Los años y los vientos oxidaron mi escudo y mis recuerdos se entremezclan creando otras realidades que para mi son igual de ciertas que la que ya viví.

Amor mío, si yo me canso de esperar ¿quién cantará tus gestas?